

ALBUM LITERARIO,

PERIÓDICO DE CIENCIAS Y LITERATURA.

Publicase los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes. Su precio es en Madrid 4 rs. al mes y 10 trimestre. Se suscribe en la redacción, calle de la Encarnación, núm. 8, etc. principal, y en las librerías de la Viuda de Vazquez é hijos, calle ancha de San Bernardo, 17; en la d Caosta, Mayor; y en la de Durán, calle de la Victoria.

En provincias 14 rs. trimestre dirigiéndose á la redacción y girando libranza de fácil cobro á favor de la misma ó en sellos de franqueo.

Breve reseña de la Literatura Española.

(Continuacion.)

Los griegos siempre celosos por dar á su nacion el honor de haber sido la inventora de las ciencias y de las artes, atribuyen la invencion de la poesia á Orfeo, Lino y Museo: es posible que entre los bardos de la Grecia hayan existido algunos personajes conocidos con estos nombres. Mas el origen de la poesia y de la elocuencia, se ha de buscar en los bosques y los campos, no perteneciendo su descubrimiento á nacion alguna en particular, pues es evidente, que la poesia existia en otros paises. Ya segun Strabon testifica, tuvieron sus bardos los Celtiveros, Turdetanos y Galaicos. Sin embargo, preciso es confesar, que la poesia como todas las artes fundadas en la naturaleza, han sido cultivada y llevada por un conjunto de circunstancias favorables, á mayor perfeccion en unas naciones que en otras. Los griegos favorecidos por la naturaleza con una imaginacion viva y creadora, con un suelo fecundo y fértil, y con un cielo despejado: teniendo tambien un gobierno democrático y popular que no les ponía trabas algunas, fueron los que mas sobresallieron, dejándonos los mas antiguos, perfectos y acabados modelos.

Pero limitándonos á tratar de la literatura castellana, hay que convenir en que su verdadero origen se pierde en las tinieblas de la edad media, como así mismo, en que los primeros acentos poéticos que resonaron en el norte de España fueron romances y canciones populares. Cuando el Cid aseguró en las sienes de Fernando I la nueva corona de Castilla, y á lo

repetía tal vez en incultos versos el nombre de aquel héroe, idolo de sus contemporáneos y gloria de su nacion.

El poema del Cid, de autor incierto, es segun el sentir de D. Tomás Sanchez, de mediados del siglo XII, aunque el abate Andrés sostiene ser del siglo XI. Fr. Alonso de Berceo, escritor de mediados del siglo XIII, escribió el poema de Sto. Domingo de Silos, la vida de San Millan de la Cogulla y otros poemas ascéticos. Estos dos escritores son los que merecen algun recuerdo y deben reputarse por los principales de aquellos tiempos.

Estas obras, apreciables por su antigüedad, nos enseñan como iba ya dejenérando el latin, que era el idioma que antes se hablaba, y como empezó el romance ó romano rústico, ya por sus inflexiones y prosodia de los godos, ya por las muchas voces que habiamos aprendido de los árabes, que dominaban hacia tres siglos en nuestra España. Nos enseñan tambien como se desfiguraron los exámetros y pentámetros latinos y dieron principio los versos Alejandrinos y los consonantes; versos toscos y de mala rima, como nos demuestran los siguientes:

«Espolonó el caballo y se metió en el mayor haz,
Moros le reciben por la seña ganar,
Dánle grandes golpes, mas no le pueden falsar;
Dijo el Campeador, valedle por Caridad.»

Aquí vemos la infancia del Castellano que debe contarse desde la conquista de Toledo acaecida en el año de 1085 hasta la reunion de Castilla y de Leon que fué en 1230: porque en esta época ensanchando los Castellanos sus límites bajo la bandera victoriosa de San Fernando, pudieron al mismo tiempo sacudir el yugo de la lengua árabe que iban imponiéndoles los Sarracenos, quedando en libertad el romance naciente.

La pubertad ó juventud del Castellano puede decirse que comprende desde este tiempo hasta el año de 1475, en que se unieron las coronas de Aragón y de Castilla bajo el glorioso reinado de D.^a Isabel I.^a y D. Fernando. Una de las causas que mas contribuyeron á su adelanto, fue el haberse mandado que todos los documentos públicos, que hasta entonces se extendieron en un pésimo latín, se hiciera en lo sucesivo en la lengua vulgar ó romance. Con esto dejando el latín de ser la lengua oficial, adquirió nueva vida el castellano ocupando su puesto, y aquel puede reputarse como lengua muerta y usada ya solo por los doctos y escolásticos. No fué el que menos contribuyó á divulgar el idioma castellano y enriquecerle D. Alonso el sabio con las muchas obras y tratados que publicó, en especialidad sus célebres Partidas, y la traduccion del latín de la Biblia y otras obras.

Pero sobre todo cuando adquirió un desarrollo mucho mayor fué bajo el reinado de Don Felipe II, príncipe que se distinguió por su afición á las letras, particularmente á la poesía, habiéndose él mismo dedicado á cultivarla, componiendo algunas trobas y cántigas. Bajo este período florecieron algunos varones, que con su ingenio dieron nueva vida á la literatura y libertaron completamente al idioma castellano de la tutela que entonces sobre él ejerciera el latín. Hé aquí las obras mas célebres de toda esta época y que merecen ser leídas con detenimiento.

En prosa: *Las Crónicas de los cuatro reyes y el Tratado de cacerías*, de Pedro Lopez de Ayala, de fines del siglo XIV; *Las generaciones y semblanzas*, de Guzman, de mediados del siglo XV; *El centon epistolar*, de Hernan Perez de Ciudad-Real, médico de D. Juan el II: esta coleccion de cartas nunca serán bastante celebradas, pues no solo deben leerse por el interés histórico que encierran, refiriéndonos la historia secreta de aquella época, sino que deben estudiarse por ser la coleccion mas antigua y completa que poseen las naciones modernas europeas, y á la vez de un gran mérito literario por la naturalidad, sencillez, soltura, gracia y chiste con que están escritas.

En verso: *Las cántigas y tesoros* de D. Alonso el sabio: el *poema de Alejandro* de Juan Lorenzo segura de Astorga y segun algunos del mismo D. Alonso, de mediados del siglo XIII: *Las varias composiciones* del arcipreste de Hita Juan Ruiz

de fines del siglo XIV: *Las trescientas y la coronacion* de Juan de Mena, de mediados del siglo XV; *Las trobas y canciones* del marqués de Santillana, de los Manriques, Cartagena del conde de Haro, y de otros del reinado de D. Juan II. Para que se note la diferencia que habia ya en el verso y lenguaje de estos tiempos, comparemos los siguientes de Juan de Mena, en cuyas obras, dice con razon D. Diego Saavedra en su república literaria, tenemos mucho que admirar y que aprender, con los del poema del Cid de la época anterior y que dejamos ya copiados. Hé aquí como se espresa este escritor hablando de una correría de D. Juan el II, por la Vega de Granada.

«Con dos cuarentenas y mas de millares
Le vimos de gentes armadas á punto,
Sin otro más pueblo y inerme allí junto
Entrar por la vega talando olivares,
Tomando castillos, ganando lugares;
Y hacer con el miedo de tanta mesnada
Con toda su tierra temblar á Granada,
Temblar las arenas, fondos de los mares.»

Igualmente son dignas de estudiarse las cántigas del marqués de Santillana, en especial la letrilla de la *Baquera de la Finojosa*, donde se vé ya usado el verso corto castellano como en las trobas de Manrique.

El que lea cuidadosamente estas obras podrá sacar por lo menos tres utilidades: primera, confirmar la filiacion latino-gótica del castellano; segunda, ver su incremento progresivo en cada período de esta edad; tercera, observar desde aquellos tiempos el estilo ameno y sentencioso, que es uno de los constitutivos de su índole.

(Se continuará.)

José GARCIA FLORES.

BIOGRAFIA DE ANTONIO PEREZ.

Antonio Perez, es una de esas figuras históricas, cuyos nombres solo bastan para formar la mas exacta cronología de las épocas, detallan el carácter de su siglo, descubren sus tendencias y esponen su constitucion, ya moral ó política. Asi, pues, Antonio Perez, es la síntesis completa del siglo XVI. Astuto palaciego, sus intrigas y ocultas relaciones con el rey, hacen de su vida un largo é interesantísimo episodio que narró por si mismo. En efecto, nada mas curioso que sus *Memorias*. Pero lo que le obligó á coger la pluma, no

fué ese impulso de vanidad á que obedecen tantos otros; fué el justo deseo de rehabilitarse ante su conciencia y de lugar á la severa posteridad un testimonio de su conducta contra las graves imputaciones que sobre él pesaban.

Habiendo nacido en Moureal de Ariza, y siendo hijo de un secretario de la Inquisicion llamado Gonzalo Perez, fué presentado á Felipe II á la edad de 25 años por Ruy Gomez de Silva, marido de la muy noble y poderosa princesa de Eboli, la dama mas influyente de la corte, y á quien el rey distinguia con toda su confianza; confianza de que algunos calificaban de amor. Una vez en la corte Antonio Perez, su posicion, al par que su fortuna, crecieron súbitamente: nombrósele secretario de Estado, protonotario de Sicilia, y lo que da mas en pensar, empezó á percibir de la caja privada del rey una pension de 12,000 ducados y otra de 4,000, sin que nadie reconociese una justa causa á esta retribucion, que indudablemente debia ser el precio de un servicio prestado.

Felipe II, el Prudente, como dió en llamarle el fanatismo de su época, á pesar del absoluto dominio que sobre su reino ejercia, era á su vez dominado por la irresistible seducción de la princesa de Eboli, decidida protectora de Antonio Perez, y cuyo interés por el joven patrocinado, aumentaba desmedidamente y de un modo harto significativo. No se le ocultaba al buen Ruy Gomez de Silva la amorosa intimidación entre su muger y el rey, pero vil cortesano, la ambición y el respeto sellaban sus sentidos, seguro de burlar á Felipe mas que de ser burlado por él. Y en tanto que el interesado esposo, ufano de su penetración combinaba en silencio sus planes de codicia, tendia satisfecho la mano á Antonio Perez, el verdadero amante favorecido de la princesa.

Ajeno del engaño, nada habia advertido el génio suspicaz de Felipe II: toda su desconfianza la concentraba en su hermano bastardo D. Juan de Austria, joven intrépido que henchido de ambición quería conquistar con su espada una doble corona. El aura de que gozaba el célebre capitán en el ejército, las simpatías que habia ya inspirado en algunos estados de Europa, y la gloriosa marcha que se trazara, ponian á Felipe II en el caso de espiar de cerca su sospechosa conducta. Una de las personas que con este fin envió el rey al lado de D. Juan, fué Escobedo. Pero informado Felipe, de que su proceder era totalmente opuesto al de su misión, y que en vez de estorbar los planes de su hermano, cooperaba á ellos con todas sus fuerzas, le intimó por medio de un pliego, la orden de regresar á Madrid.

En el momento de cumplir Escobedo el mandato del monarca, apercibióse de que iba á ser el blanco de su enojo, de que estaba irremisiblemente perdido sino acudia á un enérgico medio de salvación. Tendió la vista en torno suyo con avidez, pero únicamente halló recibimientos glaciales, palabras indiferentes, triste augurio de su ruina. Sin embargo, no desmayó. Notando que Antonio Perez era la persona mas allegada al rey, y por lo tanto, que mas ascendiente tendria

sobre su ánimo, dedicóse á vigilarle en todos sus actos, á mezclarse en su vida privada, á unirse en fin, á él como su sombra; y en breve halló el fruto de su constancia. Antonio Perez era amante de la favorita, no le cabia ya duda alguna y frenético de gozo, vislumbró un rayo de esperanza, pues este descubrimiento le hacia árbitro de la suerte del ministro, y no vaciló poner en práctica su proyecto. Determinóse, pues, á exigir de Perez que intercediera por él, amenazándole con que de lo contrario compraría su vida á costa de la confianza de su abuso con el rey.

Por otra parte, Felipe II, ansioso de desacerse de Escobedo, tiempo há que buscaba un modo de paliar su muerte. Comunicó su deseo á Antonio Perez y encomendándole el mayor sigilo, le mandó realizarlo. Una noche al volver de una esquina Escobedo, fué pasado á estocadas por seis hombres apostados al intento.

El crimen concebido por Felipe II, en seguridad de su trono, lo ejecutó Perez en seguridad de su vida y del honor de la princesa. En efecto, las voces que esparcía Escobedo referentes á su connivencia amorosa con la de Eboli empezaban ya á propalarse, y por medio de este asesinato creyó evitar á un tiempo la locuacidad del vulgo y la enemistad del rey. Disculpable es también el atentado de Antonio Perez, si atendemos á la posición excepcional á que le habian reducido las amenazas de Escobedo y la autoridad real en aquel tiempo de ciega sumisión á la alteza constituida. Sea lo que quiera, el cielo no quiso dejar impune esta acción. La muerte de Escobedo, en vez de asegurar el porvenir de Antonio Perez fué el origen de su perdición, y de él es de donde surgió el largo tejido de vicisitudes y calamidades que amargaron el resto de su vida.

(Se continuará.)

CARLOS PIZARROO.

MIS PRIMEROS AMORES.

Era el año de 1835, y el primero de mi residencia en la corte. Educado en un pequeño pueblo del que solo habia salido para entrar bajo la dirección de un domine severo en cuya casa yo habitaba, no saliendo nunca de ella sino cuando lo hacia en su compañía, todo cuanto veía en la corte heria mi imaginación y la exaltaba extraordinariamente. Estaba principiando mis estudios, y vivia en la calle del Reló, teniendo que pasar para ir á la Universidad por la de los Reyes. Habia entonces á la conclusión de esta calle una casa de solos dos pisos, pues la codicia de los propietarios no habia cual hoy llegado á comprender que se podia sin dar á los hombres alas hacerlos habitar en nidos que se aproximasen á las nubes.

Muchas veces me llamó la atención la belleza

de una niña de color sonrosado, frente pura y cabellos rubios como el oro. Es verdad que tendría 16 años y á esta edad no hay muger fea; pero Emilia, que así se llamaba, era una perfecta belleza.

Cada vez que yo pasaba me detenía enfrente de su balcon, tratando de llamarla la atención, como al fin lo conseguí: desde entonces mas de una vez se encontraron nuestras miradas, los ojos hablaron y se comprendieron nuestras almas. Faltando á la clase y á riesgo de perder el año hallábame todo el día en acecho y haciendo un papel muy ridículo, esperando la ocasión de que se asomase al balcon para saludarla desde la esquina, ó saliese para seguirle á lo largo. Valiéndome de mil medios hice llegar á sus manos un billete en el cual la enteraba de mi amor tan hiperbólico, como las frases en que estaba redactado. A los pocos días me hallé correspondido, pero no por eso tuve ocasión de hablarla. Siguió nuestra correspondencia, pero el amor escrito ya no me satisfacía: deseaba oír su voz que yo me figuraba dulce y armoniosa, tocar su mano y al estrecharla entre las mías jurarle un eterno amor. Pero esto era mas difícil, pues si bien su padre tenía tantas ocupaciones que no le permitían estar en la casa en términos de no haberle yo visto nunca, su mamá no se apartaba de su lado.

Llegó ya un día en que despues de dar mil vueltas por la calle vi aparecer al anoecer en el balcon á mi Emilia: aproveché la ocasión de no pasar nadie, y até al extremo de un hilo que ella hizo llegar hasta mí un billete que luego subió hasta sus manos. Hé aquí lo que decía: «Hermosa mía: el amor que padezco es un volcan cuyo fuego me derrite; si pronto no atajas este incendio, sabrás un día que me han hallado convertido en cenizas: es preciso que le temple con el rocío de tu palabra, y que detengas su fuego con el hielo de tu mano. No me apartaré de tu puerta sin hablarte y sin que mi amor reciba la lluvia de la palabra de tus labios. Créo, ídolo mio que no marcharé sin hablarte.» Adios alma mia.» Esta hiperbólica carta, era propia de un niño, cual yo, que acababa de estudiar retórica y creí que aunque tuviera Emilia el corazón de piedra no podía negarme una entrevista aunque fuese en la escalera.

Ya iba oscureciendo cuando oí en el interior de la casa un ruido como producido por el vuelo de una ave, que mi imaginación creyó era el roce de un vestido, hirieron á la vez mis oídos una voz de tiple que dice «*sube, sube*» ¡Con qué violencia latió mi corazón al escuchar estas palabras! Me precipité en el portal y de allí á la escalera, cuyos escalones principié á subir tropezando á cada momento por la densa oscuridad en que se hallaba. Llegué de este modo hasta el cuarto segundo, que era el que Emi-

lia habitaba y andaba buscando la puerta que yo me figuraba se hallaría entreabierta cuando la misma voz volvió á repetir de mas arriba «*sube, sube*» y yo seguí subiendo. Llegué á la meseta que formaban los desvanes y boardillas: detúbame un instante, pero era tal la oscuridad que no distinguía nada. Púseme á escuchar por si oía algun ruido que me indicase el sitio por donde debía dirigirme, cuando por tercera vez la voz volvió á repetir «*sube, sube*» dirigíme al lado de donde había venido, y hallé una puerta entreabierta ¡Cuán dichoso soy! exclamé y entré apresuradamente. Mas ¡ay! apenas había caminado dos pasos, cuando tropecé en un mueble, y cayendo medi el suelo con mi cuerpo. Infernal fué el resultado de mi caída: parecía que mil sillas, mesas y bancos cayendo á la vez formaban aquel ruido. Levantándome al fin aturdido.

—Querida mía, exclamé, no sé donde me hallo; temo que nos descubra y comprometa este ruido. Volví á buscar la puerta, y no la encontraba, consiguiendo solo tropezar nuevamente cada vez que me movía y producir mas alboroto.

En esto oíanse ya pasos en la escalera y pronto llegaron hasta mí las voces repetidas de «*ladrones, ladrones*» Un sudor frio corría por mi frente, y por mas que con voz trémula y apagada llamaba á Emilia, esta no respondía. Desgraciadamente, no había llevado fósforos, por lo cual me fué imposible salir del desvan y solo cuando penetró ya la claridad de los vecinos que subían pude encontrar la salida. Inmediatamente me eché fuera y juntando la puerta por creer quedaba allí mi adorada Emilia, me lancé á bajar por la escalera. A los pocos pasos fui detenido á las voces de «*date pícaro ladron*» y dos escopetas apoyaban sus cañones en mi pecho.

—Señores, grité balbuciente y azorado, no soy ladron.

—Y aun se atreve á replicar, dijo uno de los que tenían escopeta, y principió á golpear me con ella. Yo quise defenderme pero inutilmente; y no sé lo que hubiera sido de mí segun la prisa con que aquel buen puñal menudeaba sus golpes, si tarda mas en llegar un caballero como de cuarenta años, alto, ojos y bigote negros, cuya presencia infundió respeto á los apaleadores, y hizo guardar á todos silencio. Llegóse despues á mí.

—Lástima es, me dijo, que siendo tan niño tengais inclinaciones tan perversas, y os hayais abandonado á una vida cuyo paradero es la horca.

—Caballero, le digo, estais equivocado respecto de mí, yo jamás he tenido las intenciones que me creéis: no entré en esta casa con animo de robar...

—Ved D. Pedro lo que adelantais con vuestra benignidad, dijo uno interrumpiéndome y dirigiéndose

al caballero. Dejad en nuestras manos, continuo, á ese ladronzuelo, y yo os aseguro no volverá á ser mas dañoso para la sociedad.

—Silencio, Juan, y no volvais á interrumpir á nadie:—y dirigiéndose á mi—Acaso tengais razon, mas como no soy vuestro juez, no me incumbe absolveros, ni condenaros.—Pero, decidme, ¿á que veniais á esta casa?

Perplejo y pensativo quedé un rato: por una parte no me atrevia á declarar la verdad temiendo comprometer á Emilia, y por otra me era muy repugnante el ir á ser inquilino forzoso en la cárcel pública.

Despues de un instante de reflexion me decidí á confiarme á aquel sugeto, y desviándole algunos pasos de los demás

—Caballero, le digo, tambien V. ha sido jóven y habrá estado enamorado; pues bien, todo lo que aquí pasa es una intriguilla amorosa, que os referiré si me prometeis guardar el secreto.

El caballero me miró de hito en hito, y despues añadió

—Contadmela: os prometo el secreto á fé de caballero.

—Es muy sencilla, le repliqué: estoy enamorado frenéticamente de una jóven, ó mas bien de un ángel: soy correspondido y habiéndola pedido una cita me la concedió en este dia.

—Su nombre, su nombre, me interrumpió con palabras de mal reprimido furor.

Dudé un momento, pero ya habia abanzado mucho para retroceder; así que

—Doña Emilia, le digo con voz apagada.

Al oir este nombre el caballero palideció: le vi convulsivo, cerrar los puños y morderse los labios, dirigiéndome una mirada tan fiera, que me hizo estremecer.

—Y bien, dijo serenándose, ¿acudió esa señorita?

Yo callaba sin atreverme á dar respuesta.

—¿Pero no contestais? añadió por segunda y tercera vez. Sabed que hablais con su padre: así decid la verdad ó sois perdido.

—Perdonad, señor, dije arrojándome á sus pies; ni mi delito ni el de vuestra hija es de aquellos que deshonoran: nos amamos y nuestro enlace nos haria felices!

—No estamos ahora en ese caso,—y cogiéndome de un brazo me hizo levantar bruscamente.—Os pregunto si mi hija ha acudido á la cita.

—Si señor.

—¿Hace mucho?

—Ahora mismo no he podido hablarla, pero queda en ese cuarto; mandad retirar la gente para evitar que la vean.

Apenas acabé estas palabras cuando se animó el

rostro del caballero de una viva satisfacion y alegría.

—Y asegurais, dijo riendo que mi hija queda en ese desvan?

—Ciertamente, contesté.

—Vamos, estais loco. Juan, añadió dirigiéndose al de la escopeta, baja y di á la señorita que venga.

Marchó Juan, y á los pocos instantes apareció Emilia subiendo la escalera radiante de belleza.

—Conoce V., ladijo su padre con aspereza, á este caballerito?

No le conozco, contestó bajando los ojos y poniéndose como la grana: es la primera vez que le veo.

Pues yo no, dijo una vieja maldita con voz gangosa: ese bribonzuelo es un ladron: hace dias le he observado rondar esta casa esperando robarla á la primera ocasion. No estará solo, D. Pedro. Registren los desvanes y allí acaso estén los compañeros.

Yo estaba delirante. ¿Cómo Emilia se presentaba cuando yo la creia encerrada en el desvan? ¿Habia sido el juguete de alguna criada?

—Y direis ahora, dijo el caballero dirigiéndome la palabra, que mi hija acudió á la cita?—Vamos muchachos, añadió volviéndose á los demás registremos la boardilla: caballerito, me dijo, entrad adelante.

Subí á la última meseta; llegué á la puerta; empujé y entré. Dirigi la vista por toda aquella habitacion y solo ví mesas, sillas y otros muebles esparcidos por el suelo. Creí que el cuarto de Emilia tendria alguna escalera secreta para comunicarse con el desvan, pues de no ser así no podia comprender lo que pasaba.

Ya me salia detras de los demás cuando al llegar á la puerta volví á oir la misma voz que nuevamente repetia: *sube sube*. Entonces me lancé al cuarto, principié á revolver los muebles como un loco, y nada veia. Creíame victima de alguna brujeria no encontrando á nadie, cuando al arrojar una silla rota, sale asustada, y se presenta á mi vista una pintada cotorra.

Entonces conocí ya el motivo de mi equivocacion. La maldita cotorra, diciendo, como tenia de costumbre, al ver á su amo atravesar por la calle *sube, sube*, repitió las mismas palabras al presentarme en el portal, y que yo oí serian de mi adorada, que fingia la voz para hacerla desconocida.

A fuerza de ruegos é instancias de la niña, su padre me permitió marchar, pero no sin antes prohibirme volver á pisar en aquella calle.

Bajé precipitadamente de dos en dos y de cuatro en cuatro las escaleras, no sin que me ayudasen á hacerlo con mas velocidad los muchos empellones

que recibí de los curiosos que se hallaban en la escalera.

Llegaba ya á la plazuela de Leganitos y aun resonaban en mis oídos las voces y algazara de los vecinos de D. Pedro.

Al día siguiente recibí un lacónico billete que decía:

«Caballero, siento el mal rato que ayer pasasteis, y para no avergonzaros mas os prohibo volver á verme, pues jamás os perdonaré el que me hayais confundido con una cotorra—Emilia.»

Desde entonces no he vuelto á poner los pies en la citada calle.

ISIDORO GARCIA FLORES.

DE UNA COLECCION INEDITA DE ROMANCES HISTORICOS MORISCOS.

EL FARADI JUZEF.

ROMANCE I.

Muhamad, ese tirano
Que en Granada usurpa el cetro,
De peligrosa dolencia
Yace postrado en el lecho.

Alfaquies y arrayazes,
A su cabecera puestos,
Le platican, y declaran
Lo que atañe al bien del reino.

«Ese tu hermano Juzef,
Que está en Jalubania preso,
Es llamado á la corona
Por firme y antiguo pleito.

Perdona, excelso señor,
Si no te place el consejo
Que á fieles muzlimes cumple
Dar su parecer derecho.

Que me place, dijo el rey,
Y ellos así discurriendo,
Hete á Almayar el infante
Que entra con capellar negro.

«Bien venido seades, hijo,
Despejad mis caballeros:»
Hacen todos zalá y vanse,
Los dos solos quedan dentro.

«Fincad, hijo, en lo que os digo:
Pero requerid primero
Y echad al cancel las guardas:
Cuidad no nos oigan: quedo.

Si de mi herencia queredes
Asegurar el concierto,
De ese Juzef la cabeza
A mis plantas venga luego.

Bajo de aquella alcatifa

Un pliego hallareis secreto:
De Jalubania al alcaide
Contiene mi mandamiento.

Dadsele á Jarife arraiz,
Que en mi poridad le tengo:
La celeridad importa
Obrad, callad, y andad diestro.

(Se continuará.)

DOMINGO RUIZ DE LA VEGA.

LAS QUEJAS DE UN TROVADOR.

En una templada noche,
Con su plectro y con su lira,
A una ventana sus, ira,
Un amante trovador:

Y con lastimero canto,
A su bellísima ingrata,
Modula esta serenata,
Entre suspiros de amor.

«Niña de las trenzas de oro
Y de mejillas rosadas,
Cuando tus dulces miradas
Enjugan el tierno lloro
Que vierto solo por tí.

Cuando di?
Torna tus ojos á mi
Niña de las trenzas de oro.

«Centella de amor y luz,
¿No oyes nunca suspirar,
Cuando al plañir de un laud,
Tus rejas vengo á guardar?
De encanto virgen tesoro.

Yo te adoro.
Y tu amor rendido imploro
Estrella de amor y luz.

«Sal de tu nido de flores,
A esta tan querida reja,
Sal á escuchar los amores,
Que en son de doliente queja,
Murmuro con frenesi:

¡Ay de mí!
Si oyes mis ruegos, aquí
Sal de tu nido de flores.

«¿Ni una esperanza de amor
Tu virgen labio me dá,
Para calmar el dolor
Que matando mi alma está?
¡Oh si tu desden la mata.
Oye mira...
Como padece y suspira,
Amando á su bella ingrata.

•Si nuestras almas, hermosas,
Unidas quisieras verlas,
Como dos líquidas perlas,
En el caliz de una rosa,
Mas grande mi idolatria,
¡Ay, sería
Y no deliro
Que enamorado te admiro,
Mas hermosa cada día.

•Adios desdeñosa mía;
Amor mi labio te envía
Que aunque exalte tus agravios
Constante oirás en mis labios,
En mis quejas y en mi lloro;
Tristemente repetir:
Yo te adoro
Yote adoro... hasta morir.»

Cerrada siempre la reja
Por última vez la mira,
Y con su plectro su lira,
Ayes y trovas de amor.
Llenos de llanto sus ojos,
Y besando la ventana,
Perdióse en la sombra vana,
El doliente trovador.

ISIDRO VÉLASCO.

LA REDENCION

POR

D. LUIS MONTALVO Y D. JOAQUIN MORENO.

**Venida de Ntro. Señor al mundo, su
Pasión y Muerte.**

(Conclusion.)

Horrible noche de dolor le espera,
Noche que apurará el sufrimiento
De otro que el hijo del Señor no fuera,
Pues que yendo el ultraje en incremento,
La paciencia justo no se altera,
Hasta Pedro le niega en el momento
En que auxilio divino necesita
El humilde cordero israelita.

No respetan al Todopoderoso,
Le blasfemian, escupen y maltratan
E impelidos de espíritu ominoso
Al tierno Redentor las manos atan;
Y á Pilatos lo llevan que horroroso
Suplicio ve que injustos le arrebatan
Y amotinados, pidiendo la muerte
Del Salvador del Hijo del Dios fuerte.

Con aquel criminal, el mas malvado
Que el mundo nefando produjera,
Al pueblo nuestro Dios es presentado
Por ver si en el perdon se le escogiera;
Mas éste, siempre ciego y obstinado
Prefiere á Barrabás, y por do quiera,
De muerte el grito se oye pavoroso
Contra el Rey de los reyes bondadoso.

¡Qué dolor tan agudo y penetrante
Traspasara á la Madre de dulcísima
Al ver á su Hijo, que espirante
La mira con los ojos de ternura,
Y que con paso incierto y vacilante
Atraviesa la calle de amargura,
Cargado con la Cruz de mis pecados
Y herido por los hombres desalmados.

Por la pendiente cuesta del Calvario
Con la pesada Cruz iba subiendo,
Y hecho mofa del pueblo sanguinario,
Va el tierno Redentor desfalleciendo,
Cuando al colmo llegó el ultraje vario
Con feroz gritería y con estruendo,
En la Cruz sugetándole le clavan,
Y sus heridas mis pecados lavan.

¡Enternecido al verle en tal estado
De dolor una lágrima no vierto?
¡Y siendo Tú por mí crucificado
De la culpa execrable no desierto?
Con negro torazon desapiadado,
Lleno de heridas déjante cubierto,
¡Qué angustia, qué dolor traspasaria
El corazón sensible de María!

Niega al mundo el sol su luz radiante,
Los cielos, los abismos y la tierra
Se conmueven, y el pueblo que pujante
Le tembló en Siná, ahora se aterra
Al ronco son del trueno retumbante,
Que ya el poder de los infiernos cierra
La hora por los cielos decretada,
Con tu muerte, Señor, es ya llegada.

Esa sangre preciosa que vertiste,
A redimirnos vino del pecado,
Así Señor salvarnos tu quisiste,
Y así el hombre por ella perdonado,
Seguir podrá la senda que le abriste
Para llegar al Cielo deseado,
A ti, amado Jesús, lo debo todo
Pues que sali de vil y sucio todo.

LUIS DE MONTALVO Y JOAQUIN MORENO.

ESPECTÁCULOS

NOVENARIAS. En este teatro cuyas localidades, como las de todos los teatros de la Corte, estuvieron tomados por el Ayuntamiento en la noche del 6, puso en escena, *El Patriarca de Turia* que ya hace días viene

representándose segun manifestamos en nuestro número anterior.

Esta noche se estrenará un drama arreglado del francés, en cinco actos, que se intitula: *El abogado de los pobres*.

Cinco. Este coliseo, vistosamente iluminado y adornado con todo lujo, trajo á la escena la comedia del teatro antiguo original de nuestro célebre poeta Calderon, titulada *Casa con dos puertas mala es de guardar*; desempeñada con todo acierto por la Teodora, que mereció del público innumerables aplausos en algunas de sus escenas.

Despues de la comedia se representó una loa del Sr. Cisneros que lleva por título *La esperanza de dos mundos*; su versificación fácil y armoniosa, mereció al autor prolongados aplausos. A la conclusion de esta loa leyó la Teodora una bien escrita oda del Sr. Dacarrete dirigida al Principe de Asturias. Igualmente leyó el Sr. Romea otra composicion de la que el es autor, y el Sr. Arjona una carta del distinguido escritor Sr. Hartenbuch.

La ejecución de los actores que en ella tomaron parte, fué bastante buena.

Despues se ha representado *La escala de la vida y El hombre de mundo*.

JOVELLANOS. La iluminacion que anunciámos en una de nuestras anteriores revistas tendria lugar en el exterior de este teatro, se convirtió despues en interior presentando una agradable vista. Puso en escena en dicha noche la zarzuela *Jugar con fuego*, desempeñada con todo acierto por todos los actores.

Luego ha vuelto á representarse la *Roca negra*, y últimamente el *Marqués de Caravaca* y el *Pastillon de la Rioja*.

PRINCIPE. Tambien en este coliseo con motivo de las fiestas reales, se representó la comedia del teatro antiguo *Amanes y celosos todos son locos*, debida á la pluma del inmortal Lope, perfectamente interpretada por la Palma que hizo el papel de Doña Ana, mereciendo del público entusiastas y prolongados aplausos. Los señores Osorios lucieron sus brillantes dotes cómicas.

En el día 9 se estrenó una comedia en tres actos que con el título de *Los fanfarrones del vicio* ha arreglado del francés, D. Antonio Hurtado. El mismo protagonista que nos presenta como hombre ocioso repueba su conducta desenfrenada, y sin embargo, no se aparta de ella; razon por la que no encontramos bien justificado el título que lleva, pues al que conociendo el vicio se lanza á él, no se le puede llamar sino vicioso. Pero como traduccion, tiene los mismos defectos que todas las de su clase que se ponen en escena en nuestro teatro: las costumbres allende de los Pirineos, no existen en España, y es un absurdo querérmolas acomodar. Por eso nos verán nuestros lectores declamar un día y otro día contra semejantes traducciones. No obstante de ser una obra incoherente, no dejamos de elogiar el fin tan moral que el autor se propone, á saber: indicar á la juventud que no debe apartarse jamás de la senda del deber.

El éxito, la ejecución y la entrada fueron regulares.

No comprendemos como el público que se mostró frio durante su representacion, llamase al autor al palco escénico á la conclusion de la comedia, que no se presentó por no encontrarse en el teatro.

PRINCESA. Se ejecutó en él la comedia *Ojos y oídos engañan*, y la loa titulada *Profecía del Manzanares* original del señor Escarlati, que fué bien recibida. El aparato correspondió en un todo al lujo que requiere; y la señora Martinez la desempeñó con su acostumbrada gracia, sin desmerecer tampoco la señorita Segura, ni los señores Albalat y Chas de la Motte.

La empresa, despues de las muchas mejoras que en este teatro ha introducido, trata de hacer otras que le den realce, y le pongan al nivel de los demás. Sentiríamos que el público no supiese apreciar tan buenos descos, dignos de todo elogio.

CAPELLANES. Sentimos en el alma, que al ocuparnos hoy por primera vez de los bailes que tienen lugar en estos salones, no podamos elogiar á la compañía; viéndonos, por el contrario, en el triste caso de tener que llamar la atencion sobre ciertas escenas poco decorosas que se están repitiendo uno y otro día, y que la buena moral no puede menos de rechazar. Sentiríamos tambien que si estas escenas se siguen reproduciendo tuviésemos que declamar otra vez contra semejantes abusos, que indudablemente retrae á la sensata concurrencia que hasta ahora ha llenado aquellos salones.

Por falta de espacio no nos ocupamos en este número del baile del Lope de Vega y otros espectáculos de que hablaremos en el siguiente.

GREGORIO FERNANDEZ VITORES.

ADVERTENCIA.

Deceosa la redaccion, del Album Literario de complacer en todo á sus numerosos suscritores, desde hoy se imprimirán por separado las composiciones de los mismos, que vean la luz pública en sus columnas, accediendo de este modo á las repetidas instancias que se la han

Para ello se dirigirán á la redaccion, tan luego como vean publicadas sus producciones.
hecho.

Por la Redaccion.

GREGORIO PEROGORDO y RODRIGUEZ.

El editor responsable, ANTONIO NUEVALOS.

MADRID:—Imprenta y libreria de la viuda de Vazquez é hijos.
Ancha de S. Bernardo, 17.